

El mirón lo sabe todo, todo lo ha visto. Y sin embargo, con la más absoluta economía de medios y con una contundencia casi atrevida, revela sólo lo justo. Con desparpajo le dice al lector que en lo que a bien tuvo contarle no encontrará respuesta alguna. Que si para sus personajes no existió redención posible, tampoco la habrá para el lector en su lectura. Que se apiade de él la imaginación.

Julio Paredes trabaja como editor en sus ratos libres. Quienes lo conocen en su quehacer diario, dicen encontrar cierta similitud entre el autor y Márquez, el personaje de *La beatitud de las parejas*. No hay día en que al lugar de trabajo no lleve un libro impreso sobre el que pasa su mirada, como lo hace Márquez por la vida hasta fijarla "sobre una mancha de color café con bordes amarillentos". Julio Paredes nació en Bogotá. *Salón Júpiter (y otros cuentos)* es su primer libro.

CLAUDIA CADENA SILVA

Una ruta llena de leyendas

Los mitos del sol

Hugo Niño

Banco de Colombia, Santafé de Bogotá, 1994, 125 págs.

Leer *Los mitos del sol* es hacer un viaje a través de los orígenes, cuando sólo existía la oscuridad o sólo existía la luz. Falta ese ritmo que da lugar al tiempo y a la existencia del hombre sobre la tierra.

El Cartograma nos guía: es un derrotero que sigue la ruta del sol. Se inicia en el oriente, con los yucunas, pobladores del nordeste amazónico. Sigue con los tucanos, viajeros del gran Vaupés, y continúa con los cuibas, custodios de los Llanos Orientales.

Del oriente continuamos hacia el desierto de la Guajira, territorio de los wayús. Se desciende a la Sierra Nevada de Santa Marta, asiento kogui, para luego continuar hacia el occidente, a donde los emberás, en el Chocó.

De allí se baja al sur, a la tierra de los sionas, en el Putumayo, pasando luego a donde los witotos, en el Caquetá y el Amazonas.

Termina el viaje en el centro del país, en los Andes cundiboyacences, donde "desde hace más de dos siglos no se volvieron a contar estas maravillosas historias en lengua muisca".

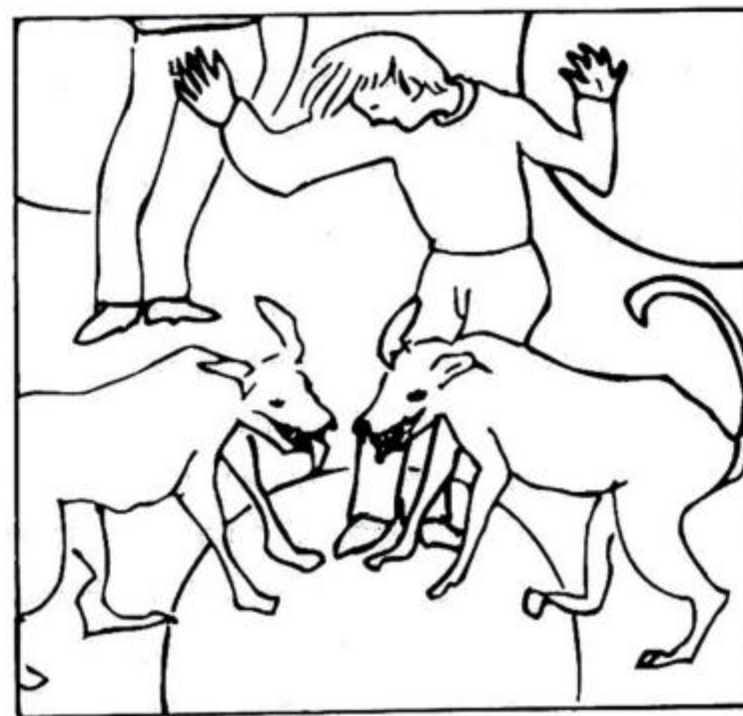
Nueve mitos, procedentes de nueve diferentes culturas aborígenes, que se asemejan a ese universo poblado por los dioses antes que el hombre apareciera y fuera creada la dimensión humana del tiempo. El devenir marcado por el ritmo de la luz y la oscuridad.

Unos van en busca de la noche, otros del fuego, otros de la luz que los libere de tanta oscuridad.

Para los yucunas, la búsqueda fue la de la noche y el tiempo.

Todo comenzó cuando sólo existía sobre la tierra Caamu Sol, únicamente el día. Sus pobladores eran cinco hermanos, herederos de la eternidad, los maestros guardasecretos, hijos de la eternidad. "Sólo día, sólo calor... Debemos procurar cosas para que la descendencia tenga ritmo".

De esta excursión surgen las casas construidas con palma de techar, para que los hermanos puedan resguardarse de tanto calor y tanta luz.



Ja'echín les entregó las cinco palmas para la construcción de los techos de las casas, pero también les entregó la prohibición: "No destapen la cesta antes, si no es frente a los arcos, las vigas ya tendidas". Pero la curiosidad puede más que la voluntad y la prohibición fue transgredida. De esta transgresión surge el conocimiento del tejido de la palma.

Al encontrar la sombra para ellos, quisieron buscarla hacia afuera, para que la descendencia pudiera habitar la tierra. Y así fue. Al no soportar la curiosidad, igualmente destaparon la totuma en la que estaba encerrada la noche y, al hacerlo, el día desapareció. "Todo se oscureció como una antorcha inmensa que se apaga". Ése fue el inicio de la noche y el día para los yucunas, pero fue también el inicio de la creación del mundo. Ese día comenzó la vida de los descendientes, ese día comenzó el tiempo.

Para el pueblo tucano, la historia es diferente. Todo surge del amor de Bugipu Ibiko-Khi, el sol, quien después del encuentro con la Gente Estrella, se enamora de la joven del resplandor de brasa apagada, habitante del mundo de arriba, a donde él va todas las mañanas, para regresar al mundo de acá.

Después que la joven es arrojada al pozo profundo, Bugipu la rescata despojándose de sus rayos y haciendo con ellos un brazo larguísimo que hace llegar hasta el fondo de ese terrible y oscuro lugar. Se la lleva a vivir a la región donde se juntan el día con la noche, lugar poco visitado por las estrellas.

Bugipu no regresó por un tiempo al mundo de allá, a donde la Gente Estrella. Durante su ausencia surgió el fruto del árbol anhelado: el chontaduro, fruto sagrado. Al recoger Bugipu la primera cosecha, enuncia las palabras que les permitirán disfrutar del fruto prodigioso: "Ahora ya pueden cocinarlos y comerlos".

Entonces se despidió definitivamente y se vino con su mujer para el mundo de acá, desde donde cada mañana emprende su correría haciendo el día. Eso es todo.

Así termina el mito tucano: "Bugipu Ibiko-Khi".

La versión cuiba del mito del sol comienza así:

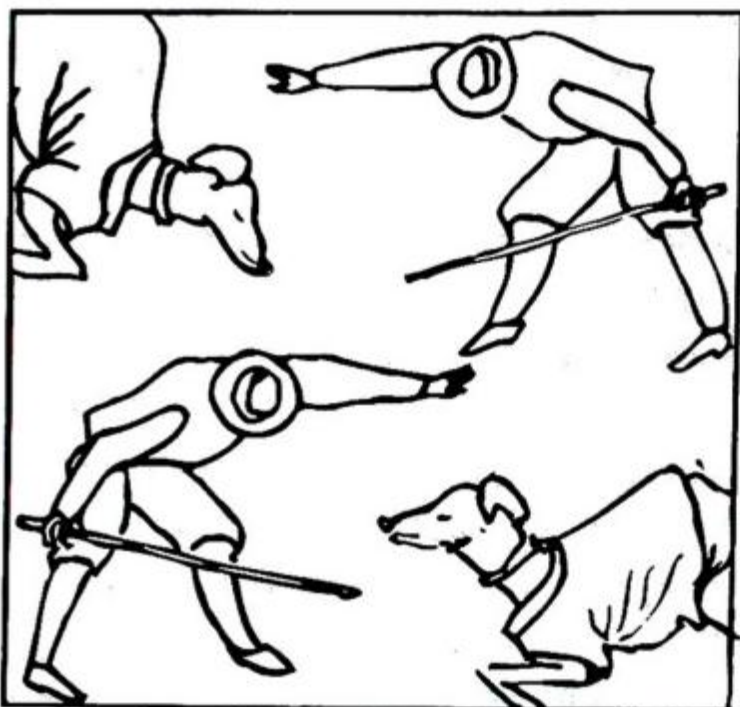
A veces sólo frutas, miel. Comiendo lo que se encontrara, como se encontrara, sin poder conservarlo más allá, sin poder transformar los alimentos para apetercerlos, para placerse en ellos. Los

niños padeciendo en los montes y los llanos. A veces sólo carne secada al viento. Siempre con el temor de alejarse y no encontrar alimento de probar con gusto. Así transcurría la vida de los hombres antes de esto que se cuenta aquí: antes del fuego.

Paloma robó el fuego a Namon para entregárselo a los hombres. Ahora, poseedores del fuego, su vida será otra.

La vida era entonces un solo día pleno, continuo. Día afuera, en el llano, gracias a la presencia de Yomé-To, sol, que siempre estaba ahí, gracias al fuego.

La bóveda celeste se rompió, haciéndose un boquete por donde se derramó la noche. Una oscuridad desconocida se regó sobre la llanura. Viene la catástrofe. Las golondrinas reparan el cielo. En adelante el día ya no será continuo como antes.



Fue así al comienzo y es así mismo ahora. Pero la anciana serpiente a veces se agota y entonces puede verse el arco iris como recogiendo del cansancio.

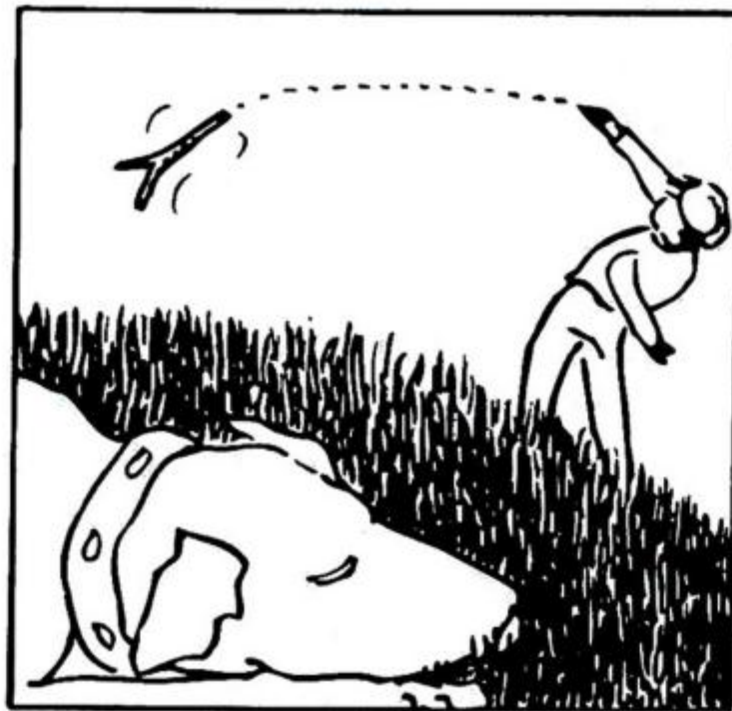
Los wayús, habitantes de la Guajira, vivían en una noche oscura permanente. Ka'i solía cubrirse con un sombrero de alas muy anchas que tapaban por completo su rostro, de manera que a la tierra no llegaba ni una sola punta de luz. Tanta oscuridad no era grata.

Perro y Gavilán intentaron, cada uno a su manera, robarle el sombrero a Ka'i, pero sus intentos fueron fallidos. Finalmente Alcaraván, usando el ingenio, esperó a que Ka'i hiciera una de sus fiestas y, después de cantar, tocar y bailar, los invitados fueron cansándose y que-

dándose dormidos, incluido Ka'i. Ése fue el momento que aprovechó Alcaraván para robarse el sombrero.

Y entonces el mundo se reboseó de luz.

Los koguis crearon el cocuyo como el primer ser que alumbraría todo lo creado. Pero fue un intento fallido. Era una lumbre clara, insuficiente, que sólo se alumbraba a sí misma. Era necesario un ser que tuviera rostro como sus hermanos. Nació entonces Niuwi, a quien fue necesario recubrir de oro para que alumbrara. Niuwi fue transformado en Sol Mama para que alumbrara.



Pero sus mujeres querían ir con él. Saxa, al ser cubierta por cenizas arrojadas por la segunda mujer de Niuwi, se convirtió en la luna. Así fue el amanecer del mundo para los koguis.

Para los emberás, la creación de la noche y el día es una historia de amor entre la noche y el día, entra la luna y el sol, Umadau y Hedeko.

En este mito se evidencia la importancia que tiene para los emberás el río. Después de una gran inundación que avasalló todo, sólo quedaron dos palmas. Un viento fuerte y frío zarandó la tierra y las dos palmas se vinieron abajo. Al caer, sus troncos formaron un río. De la cabecera del río surgió la luna, y del final del río surgió el sol.

Es por esto que los dos enamorados nunca se encuentran. Cuando él llega, ella se va.

Para los sionas, habitantes del Putumayo, la luna y el sol nacen de un viaje de yajé realizado por dos hermanos: Ja'Ja Gi e I'Si-Gi.

Mientras que para los witotos, quienes vivían al principio en el vientre de la tierra, fue necesario salir a la super-

ficie, debido a una pelea de celos entre Gitoma y Nokaido. Del enfrentamiento entre estos dos seres surgen los hombres y surge el sol: Gitoma convertido en sol resplandeciente.

Antes de comenzar a leer el mito del sol de los muiscas hay una aclaración: "La corona española prohibió en 1783 la enseñanza del muisca en la Nueva Granada. La medida jamás entró en uso, pues décadas atrás el muisca ya no se hablaba en este territorio. En menos de tres siglos de ocupación sólo quedaba el olvido".

La recopilación de este mito tiene un doble valor y una intención de rescate explícita: "Que se conozca entonces"... Así comienza.

Los mitos del sol es un trabajo valioso como recuperación de una cultura cada vez más olvidada, más desconocida y sobre todo más desarraigada. ¿Qué les queda a los indígenas en nuestro país? ¿A los emberás, por ejemplo, les han robado el río, lugar sagrado, en aras de un progreso cada vez más sospechoso. ¿Acaso sólo les queda su palabra recuperada como nostalgia para que el blanco la lea y acaso la recree como ejemplo de lo que alguna vez fue y ya no es?

Pero el valor de este libro no es sólo de rescate. Su transcripción es cuidadosa, evidenciando un profundo respeto por la palabra oral, precisa y directa. El autor, por fortuna, sabe esconderse, no necesita hacer sentir su presencia con adjetivaciones o giros tan comunes en algunas obras de nuestra literatura que parten de la tradición oral.

Es un libro preciosamente editado, con grabados y dibujos de Dioscórides, quien hace una interpretación muy personal de la riqueza de imágenes que hay en estos mitos. Es una edición de lujo patrocinada por el Banco de Colombia y editada por Arte dos gráfico.

Este libro debería estar en todas las bibliotecas a donde los niños tengan acceso. Es una valiosa posibilidad de conocer no sólo las diferentes versiones que de la creación del mundo tienen las culturas aborígenes de nuestro país, sino sus personajes, símbolos e imágenes primeras: las que dieron lugar al surgimiento del hombre según cada mirada.

Es una hermosa y necesaria lección de diversidad, tan necesaria en estos tiempos aciagos.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Inorgánico y sin elaboración

Historia diplomática de Colombia. La Gran Colombia.

Alfredo Vázquez Carrizosa

Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1993, 376 págs.

Este libro, el primero de “una serie de tres que pretende cubrir la historia de las relaciones internacionales de Colombia” —según se indica en el prólogo—, tiene como objetivo “enseñar a las nuevas generaciones [...] el manejo de los asuntos internacionales del país”, a través del uso de “un esquema sencillo de indicación de las tesis fundamentales y de los episodios más destacados de nuestra actividad exterior”, evitando —promesa incumplida— la anécdota, con la intención de redactar “un manual de doctrinas sacadas de los textos mismos de nuestros diplomáticos [,] como de las actitudes sobresalientes”. Un objetivo didáctico loable, pero no de fácil cumplimiento.

Desde el punto de vista cronológico, esta *Historia diplomática* abarca “los diez años fulgurantes” que van desde el Congreso de Angostura (1819) hasta la separación de Bolívar del poder (1829). Un período realmente sobresaliente. En el plano internacional se trata de una fase de “restauración”: el fin de las guerras napoleónicas, el restablecimiento de Fernando VII en el trono español y el dominio de la política europea por la Santa Alianza. Y en el plano nacional se trata de años riquísimos en hechos e iniciativas diplomáticos, relacionados con la determinación de las fronteras de los nuevos países en formación, con las primeras experiencias de una política continental, con la búsqueda de reconocimiento en el plano internacional y con profundas tensiones —que la sociedad no dejaba de

percibir— en lo que tiene que ver con los nuevos esquemas de relación con la Santa Sede. Como se ve, un período realmente llamativo para la investigación.

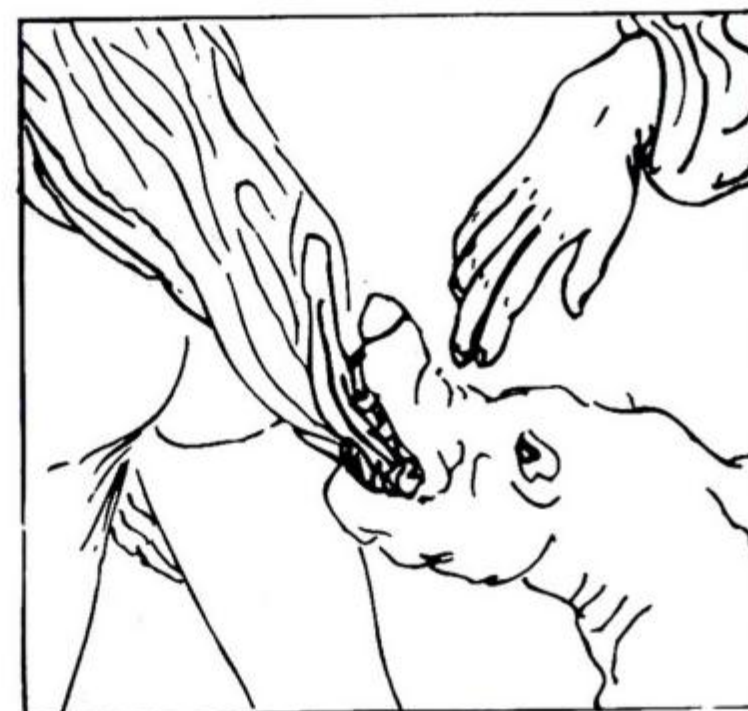
Sin embargo, muchas dudas asaltan al lector después de una primera lectura. Dudas que parecen confirmadas por una segunda lectura. Y es que, para decirlo de una vez, este libro no tiene objeto, no construye ningún problema. Nombra —de manera bastante inorgánica— un montón de hechos... pero no los elabora. En el extremo, ya que se trata de un texto didáctico, de un pretendido manual (¡y cuánta falta nos hace un buen manual en este y otros terrenos!), ni siquiera ordena ni clasifica los datos que por páginas y páginas se repiten.

Con todo el respeto que merece la obra pública y docente del autor de este libro, hay que decirlo con claridad, repitiendo las viejas palabras programáticas de Lucien Febvre, dichas ya a principios de siglo: “Pas de problème... pas d'histoire”. Tratemos de comprobarlo, en la brevedad de una reseña, observando el tratamiento que se ofrece de dos o tres problemas básicos.

Primero, el elemental problema de límites. Como se sabe, un inicial dolor de cabeza de las jóvenes repúblicas, por razones históricas perfectamente explicables y conocidas. Los límites efectivos de los distintos espacios regionales en que se constituirán los nuevos Estados jamás estuvieron claramente definidos. Las jurisdicciones fueron siempre un punto de enfrentamiento y hubo territorios (por ejemplo, el actual Ecuador y la propia provincia de Popayán) cuya asignación a uno u otro virreinato fue siempre objeto de discusión. En razón de ello, y no de la mala voluntad de nadie ni de la incompreensión del “genio” de Bolívar, la doctrina “colombiana” del “uti possidetis juris de 1810” (reconocimiento de la soberanía definida por los títulos coloniales en el momento de la emancipación), estaba llamada a conocer problemas y fracasos desde el comienzo mismo, porque tal doctrina sencillamente dejaba de lado aspectos básicos de la realidad colonial que se heredaba.

Pero en cambio de un análisis que muestre las condiciones efectivas que impedían la realización de una doctrina o la mostraban como lo que era, es

decir, francamente ilusoria, debemos contentarnos con largos párrafos retóricos como el siguiente: “Los pueblos hispanoamericanos tenían una misma cultura, una religión y unos mismos ideales, además de una sola lengua. Nada podía dividirlos en el momento de la emancipación y todo contribuyó a unificarlos... Los odios nacionales en ese ambiente de fraternidad... mal podían aparecer. Los asuntos de fronteras revestían de esa guisa el carácter de cuestiones internas dentro de un continente unificado en sus propósitos comunes de libertad política” (pág. 259).



En esa misma línea —segundo—, el ultraconocido problema de la perspectiva “continental” de Bolívar, destinada a fracasar desde el primer momento —como en verdad ocurrió—, pues iba contra la corriente de las realidades históricas más elementales de una región que, particularmente a través del comercio, había venido conformando desde por lo menos la segunda mitad del siglo XVIII grupos regionales dominantes y espacios económicos sociales diferenciados. El autor del libro reconoce que la perspectiva continental y su correspondiente política de alianzas estaba en crisis desde antes de reunirse el Congreso de Panamá y que “el ideal había sido superior a las posibilidades inmediatas”. Sí, desde luego, pero como análisis histórico ello es completamente insuficiente y nada se gana hablando a continuación de las “resistencias a Bolívar” o de la falta de “voluntad colectiva” o de “la penuria fiscal”. Todo ello es cierto y conocido. Sólo que no alcanza valor explicativo si no se coloca en relación con los determinantes estructurales de los procesos. Y sobre